

Ya en sazón yergue sus frutos;
el rumor de las panojas
crepitante imita el ruido
de las ondas encrespadas,
y famélicos la invaden
negros tordos en bandadas
—militares orgullosos
de ostentar presillas rojas. —

Y ya seca, por el fuego
del buen Sol de mediodía,
es la milpa haz de fusiles,
batallón de infantería
que al redoble acompasado
del marcial tambor sonoro,
vuelve intrépido y triunfante
de los campos de la guerra,
pregonando que los surcos
—las matrices de la tierra—
dan por una sola gota
de sudor mil granos de oro.

OTROS POEMAS

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Volable como tú la lluvia azul,
no siempre cuando en los matorrales
cuando te impetu la gallarda castró.

Parte el empeño con que andas la hostiga,
y más la cayo cuando más me mole,
y más me mole cuando más la sigas.

EL INVIERNO DE ROMA

Te muestras, viva imagen de Proteo,
ya pluvial, ya lumíneo, ya ventoso;
surges febeo y cambias en brumoso,
surges brumoso y cambias en febeo.

Siempre distinto tu semblante veo,
unas veces risueño, otras lloroso;
ya pareces Narciso por lo hermoso,
ya pareces Vulcano por lo feo.

Voluble como tú la Musa mía,
no siempre inunda en luz mi fantasía
cuando le impetro la gallarda estrofa.

Burla el empeño con que audaz la hostigo,
y más la sigo cuando más me mofa,
y más me mofa cuanto más la sigol

ASI NACIO UN SONETO

Una Legación El Ministro escribe. De
pronto entra corriendo un niño: ostenta en la
cabecita un haz de trigos maduros y en las
mejillas dos róseos botones. Y cascabelea una
voz de oro:

- Papá, cómo se llama el Primer Secretario?
- Juan B. Delgado.
- Y qué *ve* Delgado?
- Chi lo sa!*

Oigo sonar mi nombre, e interrumpo una suma de tres cifras que no he podido hacer en ocho días por el talento aritmético que Dios me ha dado. El niño no va a Roma por la respuesta—ya que estamos en Roma—y le disparo por los siete cañutos de mi arcádico caramillo, estos catorces tiros:

Qué veo? Que en tus ojos,
a la malicia ignaros,
revuela una parvada
de palomas: tus sueños
Qué veo? Que en tus labios
fragantes y sedefios
hay alondras que anuncian
amaneceres claros.

Qué veo? Que en tu rostro
de blancura de Paros
hay las prístinas rosas
de los ortos risueños.
Qué veo? Que has calzado
tus finos pies pequeños
con las mágicas botas
de aquellos *Cuentos raros*.

Pasos de siete leguas
son tus pasos. Caminas
de cara a un sol glorioso,
sin hollar las espinas,
porque no guarda espinas
el jardín de la infancia.

Mañana, el lauro, el triunfo!
Te tornarás en hombre,
y sabrás por la equívoca
inicial de mi nombre
que envolví, cual vidente,
tu futuro en fragancia!

A UN PIANISTA

Hiera las teclas de marfil tu mano,
de tu alma huya el tenebroso duelo;
derramen a torrentes el consuelo
los alados acordes del piano.

Ve con desdén al envidioso vano
que torpe intenta encadenar tu vuelo.
Al águila caudal que sube al cielo,
qué le importa el insecto del pantano?

JUAN B. DELGADO

Alas inmensas tienes! Y te inclinas
en la senda del arte transitoria
al peso de la injuria?
No caminas?

Avanza y será tuya la victoria:
que sólo coronándose de espinas
pueden los genios escalar la gloria!

A UN PIANISTA

CXII

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

EL RELOJ DE CU-CÚ

A. G. V.

Todos los días, cuando suenan las XII, asoma
de par en par abriendo risueña su balcón,
una italiana semejante a una paloma
que sale con el ansia de ver a su pichón.

El balcón al abrirse se ilumina y aroma
y un arrullo denuncia femenil emoción:
es que el ave de Venus por columbino toma
al galán que la guiña desde una Legación.

CXIII

JUAN B. DELGADO

Y quién el atrevido y en lides de amor sabio?
“...a ese reloj da cuerda con ósculos mi labio;”
tal en jocunda charla me confesaste tú.

Y bien, a ser posible, bésala cada hora,
para que el pico rojo del ave arrulladora
interminablemente desgrane su cu-cú!

EL RELOJ DE ORO

A. D. V.

Todos los días, cuando suenan las XII, se oye
de par en par abriendo risueña su balcon
una italiana semejante a una paloma
que sale con el ansia de ver a su pichón.

El balcon al abrirse se ilumina y aroma
y un arullo denuncia levemente emoción:
es que el ave de Venecia por columpina toma
al galán que la guía desde una legación.

CXIV

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Canchales, ramos, palmitales
se desgran en perlas y diamantes
si solo a las sus ágiles cañas.

Y pues en ellas beben sus secretas
líricas emociones los poetas,
son hechizo de Roma las fontanas.

LAS FONTANAS DE ROMA

Son hechizo de Roma las fontanas,
de cuyas claras linfas el Sol toma
el blancor impoluto con que asoma
al darse en comunión por las mañanas.

Olímpicas deidades con insanas
risas burlan del tiempo la carcoma,
y evocan fases de l' antigua Roma
en sensuales posturas y paganas.

CXV

JUAN B. DELGADO

Cantarinas, rizosas, palpitantes,
se desgranan en perlas y diamantes
si Eolo alisa sus argénteas canas.

Y pues en ellas beben sus secretas
líricas emociones los poetas,
son hechizo de Roma las fontanas.

CXVI

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

A UN MÚSICO

Pones en el pentagrama
notas de vida y pasión,
y se quema con fruición
todo espíritu que ama.

Y[?] pues enciendes la llama
divina en el corazón,
quién que ofrece una emoción
no es digno de prez y fama?

CXVII

JUAN B. DELGADO

Ya la Gloria te reclama
y te ciñe triunfal rama
a fuer de ilustre blasón.

—Venciste!—Tal se proclama.
Es digno de prez y fama
quien ofrece una emoción.

En el Mar 1919.

CXVIII

JUAN B. DELGADO

DESDE EL PALATINO

De la mano me trajo la Historia al Palatino.
Apaciento los ojos en la contemplación
de grandes cosas bellas. El tramonto es di-
vino
y en él sangra sus tintas ardido bermellón:

Entre ruinas el Arco trinufal de Constantino,
el Foro en que luciera sus dotes Cicerón;
allá una esbelta torre junto al Capitolino
Museo, que de joyas antiguas es arcón;

CXIX

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Más allá, en el Giannícolo, sobre fondo silvestre,
soberbia destacándose bronceínea estatua ecuestre:
Giuseppe Garibaldi que de Italia es blasón.

Y más allá, entre llamas, falleciendo la Tarde...
Y Roma, bajo el fuego solar que rojo arde,
tal como en otros tiempos la incendiara Nerón!

JUAN B. DELDADO

ELOGIO DE LAS RUIÑAS

Estoy sentado en una piedra enorme,
leprosa y carcomida
por los siglos. Sentado en una piedra
que antaño base fué de una corintia
columna del Palacio de los Césares,
y que hoy es sólo una imperial reliquia,
una vetusta página de historia,
un libro en que estudiar arqueología,
un albergue de pájaros nocturnos
y un nido de lacertos y de ortigas.

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

Cuando me siento enfermo de tristeza
y cansado del viaje por la vida,
me acojo a la inmutable
serenidad augusta de las ruinas!

El amor de los hombres
es venero de males e intoxica;
a cada golpe suyo, en el espíritu
sentimos su ponzoña sutilísima:
susplicacia, temor, celos, rencores,
cóleras, cobardías,
todo eso nos asalta . . . Y hasta el odio
mueve en el alma su cabeza de hidra.

El amor de las cosas, cuán diverso!
Es un arcano amor de panteísta:
amando el polvo de donde vinimos
y al que retornaremos algún día,
nos libramos un poco de la carga
ponderosa de angustias y de cuitas.
El amor de las cosas es tan firme
como las cosas mismas;
d'ellas nunca tememos fasedades
ni tememos intrigas;

CXXII

BAJO EL HAYA DE TÍTIRO

les pasamos la diestra
haciéndoles caricias,
y ni responden con palabras duras
ni crueles nos lapidan.

Nos dan lo que ellas tienen: color, forma,
y nunca se corrompen ni varían;
no tienen labios para el beso aleve,
no profieren mentiras,
no han corazón mudable
ni alma negra y falaz, nido de víboras!

He aquí porque me place, Fabio amigo,
tarde por tarde visitar las ruinas;
porque vengo a sentarme en esta piedra
leprosa y carcomida
en la que ausculto a solas el inmenso
corazón de la santa Poesía:
por tener limpidez en la conciencia
y honda paz en el ánimo intranquila!

CXXIII